

APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS

DEL GENERAL D. JOSE MARIA ORTEGA Y NARIÑO

(Conclusión)

En 1859 estalló la formidable guerra civil, única en la larga serie de nuestros trastornos políticos, que ha terminado con la caída del Gobierno Nacional. El General ORTEGA fue llamado al servicio en 1860; y fue escribiendo, como apéndice al libro de sus *Apuntes sobre la vida pública*, los acontecimientos en que tomó parte. Son las postrimerías de su vida gloriosa; son arreboles del astro que declina.

“El 2 de Abril de 1860, dice, recibí el nombramiento de Jefe de Estado Mayor General del Ejército; y contesté que luégo que viniera el Sr. Eustasio Santamaría, á quien debía entregar el colegio de que estaba yo hecho cargo en Nemocón, me pondría en marcha á la capital para llenar mi deber. Lo hice el día 7, é inmediatamente comencé á funcionar al lado del General en Jefe. El 15 marché á la Provincia de Mariquita con los Ayudantes Camacho y Sicard. Mi hijo Francisco me acompañó.

“En Guaduas visité la mitad del Batallón número 3, que hice venir allí, y que tanto sirvió para la pacificación de Ambalema. El 2 de Mayo regresé á Bogotá, en donde exclusivamente me contraje á la organización de los ejércitos del Norte y del Sur; y el 25 de Junio marché, por la vía de Zipaquirá, á Tunja. En el tránsito hice mover el Batallón 4.º, la artillería y comisaría, conforme á los deseos del Presidente, con quien hablé el 27, en Nemocón. En Tunja hice mover los Batallones 1.º y 2.º, y organicé el Escuadrón de caballería, cediendo lo restante de la fuerza al Estado de Boyacá, para disponer de 70 hombres que debían servir de base á la Columna volante á órdenes del Coronel Corena y del Sr. Régulo García Herreros; la proveí de fondos, armas y raciones, y la hice seguir á Santa Rosa. En Tunja

me comencé á hinchar, y adelanté mi viaje á Suta, para buscar mejoría. De aquel punto á Monquirá vagué por algunos días; pero, al fin, por la opinión de seis médicos, regresé á Bogotá á ponerme en cura formal, con licencia indefinida del General en Jefe. El Dr. Maldonado se hizo cargo de recetarme el 23; y hoy, 25 de Julio, escribo esto, estando mejor.

“El Ejército del Sur, al mando del General París, y con el General Buitrago de Jefe de Estado Mayor, consta de los Batallones 3.º y 5.º y una columna de caucanos; y el del Norte, de los Batallones 1.º, 2.º y 4.º, un escuadrón de caballería. En cada ejército van dos piezas de artillería, escoltadas por 100 y 200 hombres, respectivamente. Manda el Ejército del Norte el General Herrán en persona, y en mi lugar el Coronel Francisco de P. Torres. Le pertenecen los Generales Briceño, Diago y Espina.

“El General París tiene como auxiliares las fuerzas de Antioquia, al mando del Coronel Henao; el General Herrán tiene la Columna Corena, que obra por Málaga, Pamplona, etc.”

Dos meses después escribió el General ORTEGA:

“El 28 de Agosto pasé una comunicación á la Secretaría de Guerra, manifestando que, habiendo variado el estado de la República por los sucesos de Santander, y habiendo tomado otra forma el Ejército, mi destino de Jefe de Estado Mayor había caducado, y que yo, como interesado en la organización de las fuerzas de la Confederación, creía que debía comenzarse por no mantener empleados sin funciones; y que, por esta razón, debía permitírseme mi retiro.

“Como la determinación me privaba del excedente de sueldo sobre mi pensión, resolví, á instancias de Antonio Narváez, retirar mi petición, después de hablar con el Secretario de Guerra, quien convino en que continuara con la licencia que tenía del General Herrán.”

A fines de Octubre añadió:

“A mediados de Octubre manifesté al General Espina que sólo continuaría así hasta Noviembre; que para entonces debía dárseme de baja en el Ejército, por razón de mi edad y enfermedades y la necesidad de mudar temperamento. Convino en ello y en que yo se lo pediría por escrito, cuando fuera tiempo. Además de los motivos justos indicados, estoy cansado y disgustado con el desorden de todos los ramos de la Administración, con las veleidades de nuestros hombres..... (1).

“Después de cincuenta años de servicios, parece ya justo que me consagre al cuidado de mi familia, y, sobre todo, á pensar de una manera seria en que pronto tengo que terminar mi carrera en esta vida y dar cuenta á Dios de mi conducta. Confío en su misericordia y en la protección de María Santísima que me ha de salvar; confío en que se me perdonarán todos mis extravíos, y en que se pedirá á Dios que me los perdone. Al hacer esta súplica á las personas de mi familia que me sobrevivan, yo las bendigo de todo corazón.”

Dos semanas antes de su muerte, aún escribió el General ORTEGA:

“El 16 de Noviembre pasé una nota al Estado Mayor General avisando que me separaría del servicio al fin del mes, por la continuación de mis males y la necesidad de una curación larga, quedando en uso de mis letras de cuartel. Ofrezco, si la Providencia me lo permite, volver á servir á mi Patria.

“El mismo día me manifestó Antonio Narváez que, conforme al artículo 54 de Contabilidad militar, tenía yo derecho al sueldo íntegro por seis meses, y que hasta fin de Enero no debía retirarme, caso que continuara enfermo. Quedó, pues, sin valor la comunicación pasada.

(1) Estos puntos suspensivos son del General ORTEGA

“Antes de esto, el General Herrán me comunicó la nota que pasó al Poder Ejecutivo sobre mis servicios prestados en el Ejército.”

Con estas palabras terminan los *Apuntes*.

En la página siguiente se lee:

“Poseído del más profundo respeto, voy á completar estos *Apuntes*, escritos por el que fue el mejor amigo de mi infortunado padre, hermano de mi madre, padre de mi esposa, abuelo de mis hijos, mi jefe en la campaña de 1854 contra la dictadura de Melo, y, en fin, mi mejor amigo.

“El General ORTEGA fue nombrado, el 2 de Abril de 1860, Jefe de Estado Mayor General del Ejército; y el 15 del mismo mes, con el objeto de hacer mover un batallón, marchó á Guaduas, y allí contrajo la enfermedad que lo llevó á la tumba. Al llegar á Bogotá tenía hinchadas las piernas, y sentía alguna indisposición en el estómago; sin embargo, en Junio marchó al Norte, de donde tuvo que regresar muy pronto, cediendo á las instancias del General Herrán y al parecer de varios médicos. La enfermedad se agravó notablemente el miércoles 21 de Noviembre; el 23 ya no pudo levantarse de la cama y se confesó con el P. Pedro Martínez, religioso de La Candelaria.

“El 24 por la mañana estuve á visitarlo, y me preguntó qué preparativos había para la fiesta de la Inmaculada Concepción. Referíle lo que sabía, y entonces él me dijo, muy conmovido, que ningún devoto de Nuestra Señora podría perderse, y me dio un pensamiento para que hiciera una estrofa y la publicara en *El Catolicismo*, diciendo que era de un militar enfermo, devoto de la Virgen.

“El 25 manifestó deseo de comulgar al día siguiente, y el Sr. Arzobispo Herrán concedió licencia de que se le dijera misa en la pieza contigua á la alcoba. Comulgó el 26, y por la noche, sintiendo que la enfermedad iba agravándose, expresó vivo deseo de que le pusieran el santo

óleo, porque, dijo, quería recibir aquel sacramento antes de perder los sentidos.

“El Sr. Arzobispo le administró públicamente los sacramentos del Viático y la Extremaunción el día 27. Recordó el General que ese día era el cumpleaños de una de sus hijas, y le dio los días, diciéndole: Dios la haga feliz.

“Se despidió el 28 por la noche del General Herrán dándole un beso y un estrecho abrazo, y le recomendó que llevara su último adiós á todos sus compañeros de armas.

“Al siguiente día reunió al rededor de su lecho á todas las personas de su numerosa familia y, después de despedirse de cada una de ellas, las bendijo, y durante todo el día les repitió estas dos palabras que yo transmito á mis hijos como preciosa herencia: *Unión, Religión.*

“El 30 siguió amonestando á sus hijos y preparándose para la muerte con grandísimo fervor. Habló por última vez el 1.º de Diciembre, diciendo á su hija Emilia: ‘Hija de mi alma, hija de mi vida, hija de mi corazón.’ Desde aquel instante no volvió, durante cuatro días, ni á pronunciar palabra, ni á abrir los ojos; pero en la agonía no dio señal alguna de angustia ó inquietud. El miércoles, 5 de Diciembre de 1860, á las diez menos cuarto de la mañana, expiró rodeado de las personas más íntimas de la familia, y auxiliado por su amigo el R. P. Bernal, agustino calzado.

“Fue amortajado el cadáver con el hábito de San Francisco, y se le cubrió el rostro con un pañuelo bordado por sus hijas para enviárselo á Quito, y que el General regaló á Emilia el día de su matrimonio.

“Por la noche, D. Nepomuceno Santamaría, D. Nicolás Caycedo, D. Antonio y D. Cristóbal Ortega, velaron el cadáver en una sala que, por casualidad, no tenía más adornos que un crucifijo y el acta de la Independencia, emblemas de los dos afectos que llenaron siempre su alma: *Religión y Patria.*

“Los funerales se celebraron en la iglesia de San Agustín el día 6 con las imponentes ceremonias de la liturgia católica, mezcladas á los honores marciales que el Ejército entero tributaba á su Jefe de Estado Mayor, á uno de los más insignes libertadores y fundadores de la República. Un inmenso concurso, compuesto de personas de todos los partidos, acompañó los restos del General á su última morada terrena.

“En la capilla del cementerio el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. Antonio Herrán, en presencia de un centenar de personas, pronunció un discurso sencillo pero lleno de sinceridad y ternura, interrumpido por sollozos y lágrimas, y recitó las últimas preces con los sacerdotes presentes.

“Al tiempo de sepultar el cuerpo, el Dr. Ignacio Buenaventura rezó, sollozando, un responso. Yo puse en la bóveda un monograma compuesto de las letras enlazadas J. M. O., igual al que se había inscrito sobre el ataúd, y el mismo que el General acostumbraba escribir por todas partes, con el fin, decía, de que después de muerto, les sirviera de recuerdo á sus hijos.

“En el pueblo de Nemocón, donde había vivido algunos años, hubo duelo general por su muerte, y los vecinos contribuyeron para hacerle unas honras, que tuvieron lugar el 11 de Diciembre.

“Estos apuntes han sido escritos para que sirvan de recuerdo á las personas de la familia. Deseo que mis hijos los conserven, los lean cuidadosamente é imiten las cristianas virtudes de su ilustre abuelo.”

RICARDO CARRASQUILLA

El 18 de Julio de 1861 entró triunfante á Bogotá el ejército revolucionario. Un grupo de los vencedores se encaminó al cementerio, arrancó é hizo trizas la lápida que cerraba el sepulcro del General ORTEGA. Las tumbas son sagradas aun entre los salvajes, y violarlas es un sacrilegio cobarde. Sin embargo, en aquella ocasión se disculpó.

¡ Como el difunto General había sido siempre tan enemigo de la Libertad!.... El Sr. Carrasquilla escribió en el sitio que había ocupado la lápida :

*“ Borró la torpe envidia
La inscripción consagrada á tu memoria ;
¡ Borre también, si puede,
Las páginas brillantes de tu historia !”*

Años después la Municipalidad de Bogotá cedió á la familia del General ORTEGA una área en el Cementerio para que se trasladasen allí los restos del valeroso militar, del ciudadano sin tacha. Si uno entra al cementerio circular, y á la mitad de la avenida que conduce á la capilla tuerce á la derecha, halla al extremo de la callejuela y cerca de la galería un sencillo sepulcro de piedra sin más cifra ni inscripción que el monograma J. M. O., que forma parte de los adornos de la verja de hierro.

Allí, á la sombra de la cruz redentora, duermen en paz las cenizas del noble veterano, aguardando el día de la resurrección universal, mientras su espíritu, así lo esperamos, vela desde el cielo sobre los que amó tanto en la tierra, y mientras su modesta gloria, como flor escondida, embalsama la memoria de sus descendientes y de las personas que aún viven de los que lo conocieron y trataron.

Para extender, sin ruido, esa gloria á otras almas patriotas y cristianas, para pagar una deuda de gratitud, hemos ordenado y publicado estos *Apuntes*. Puede esta historia, además, ser útil á los jóvenes que se están educando. Aquí aprenderán ellos cómo se ejecutan proezas sublimes sin perder la fe católica, la piedad cristiana, la integridad de las costumbres ; cómo un padre en decorosa medianía, más vecina de la pobreza que de la opulencia, educa una larga familia y la deja en ventajosa posición social ; cómo un patriota se presenta siempre á la hora del peligro y se oculta á la de los honores y recompensas ; cómo sirve á la República sin esperar otro premio terreno que la satisfac-

ción del deber cumplido ; cómo conserva la independencia de ideas y de carácter sin ser rebelde, ni conspirador, ni faccioso ; y obedece y acata los poderes legítimos sin tornarse adulator ni servil.

Porque se están quedando solos los que conservan como amores supremos la Religión y la República.

FIN

AMOR SUBLIME

No hay burlas con el amor.

¡ Tontería !

Cuando Calderón lo dijo,

Estudiado lo tendría.

Dijo, pues, el buen señor,

Y no lo dijo de broma,

No hay burlas con el amor.

Esta verdad tan sencilla
A Don Modesto Lafuente
Sugerióle una excelente
Saladísima letrilla.

Prueba en ella que Cupido
No concede á nadie fuero,
Ni al hidalgo ni al pechero,
Ni al tonto ni al advertido.

Y cita al famoso Aquiles,
Y á César y á Marco Antonio,
Y al Cid y al mismo demonio,
Y pudiera citar miles.

Cuando dice verdad es,
Pero dejemos la estética,
Y apelando á la aritmética,
Hagamos regla de tres.